

males que, en el caso adverso que temia, pudieran amenazarla.

Aceptó la multitud la proposición del monarca, y á su vez ofreció, por su parte, si se alcanzaba la victoria, ser siempre, así ella como sus descendientes, tributaria del soberano, labrar sus tierras y las de los nobles, edificar sus casas, y llevar, cuando saliese á campaña, sus armas y sus equipajes.

Itzcoatl admitió la proposición; y la multitud se retiró dispuesta á permanecer en la ciudad y á luchar contra los tepanecas.

CAPÍTULO IX

Los tepanecas se dirigen á Méjico con objeto de apoderarse de la ciudad.—El rey Itzcoatl pide auxilio á Nezahualcoyotl y lo recibe.—Batallas entre mejicanos y tepanecas.—El general tepaneca muere á manos de Moteuczoma.—Triunfo de los mejicanos.—Muerte del tirano Maxtlaton.—Incendian y destruyen la ciudad de Azcapozalco.—Nezahualcoyotl reduce varias ciudades á su obediencia y se reúne con el rey de Méjico.—Fundación de la monarquía de Tacuba.—Alianza ofensiva y defensiva entre los reyes de Méjico, Acolhuacan y Tēcuba.—Acertada política del primero.—Coronación de Nezahualcoyotl.

Los habitantes de la ciudad de Méjico se dispusieron al combate.

De aquella lucha dependia su futuro bien ó su desgracia.

Los tepanecas, por su parte, preparaban un numeroso ejército para invadir la ciudad y dominarla.

El rey Itzcoatl, á la vez que alentaba á su gente para la defensa, puso en conocimiento del príncipe Nezahualcoyotl la ruptura de la paz con el monarca de Azcapozalco, y le suplicó que le enviase inmediatamente á Méjico parte de su ejército para combatir, unidos, al tirano.

Nezahualcoyotl se apresuró á complacer á su aliado, y

pocos dias despues llegó un general suyo á la ciudad, al frente de mas de cien mil acolhuas, ostentando los plumajes mas variados y vistosos, y provistos de excelentes rodelas, flechas, hondas y espadas.

El rey Itzcoatl y sus generales se entregaron con actividad á poner la ciudad de Méjico en un estado de defensa inexpugnable.

Sobre las anchas y admirables calzadas que los mejicanos habian construido sobre la laguna, logrando mantener por medio de ellas fácil y cómoda comunicacion con el continente, situaron escogidas fuerzas, en combinacion con otras que debian cruzar en canoas por las calles y con las situadas en los principales templos.

Aquellas calzadas, que mas tarde llamaron la atencion de Hernan Cortés y de sus compañeros, fueron elegidas por Nezahualcoyotl y el monarca mejicano, como punto estratégico y principal de sus operaciones.

Al siguiente dia de haber llegado el príncipe Nezahualcoyotl á Méjico, se dejaron ver enfrente á la ciudad, ocupando un campo vastísimo, las numerosas legiones tepanecas.

Nunca con mayor lujo se habian presentado sobre el terreno del combate los ejércitos del orgulloso Maxtlaton. Envaneidos de su poder, quisieron ostentarse entonces con todo el brillo y aparato usado entre aquellas naciones. Altos penachos de vistosas plumas llevaban arrogantes en sus erguidas cabezas, con el fin de hacer mas alta su estatura y dar al individuo un aspecto guerrero. Grandes escudos de formas caprichosas, figurando cabezas de leones, de tigres y de serpientes, sostenian en el brazo izquierdo

para cubrirse de los golpes de sus contrarios, mientras en la mano derecha empuñaban la temible macana ó sostenian las veloces flechas que sacaban de su carcaj.

A la cabeza de este ejército que caminaba con la seguridad del triunfo, marchaba el general *Mazatl*, famoso guerrero en quien el tirano Maxtlaton tenia toda su confianza y la certeza de un éxito favorable. El monarca tepaneca, juzgando innecesaria su presencia en la campaña contra los mejicanos, se quedó en Azcapozalco, disponiendo todo lo necesario para marchar despues á recobrar la ciudad de Texcoco y castigar á los pueblos que se habian declarado en favor de Nezahualcoyotl.

El ejército mejicano, dirigido por el valiente Moteuczoma, á quien el rey habia conferido el mando de las tropas, se situó convenientemente, observando todos los movimientos del enemigo que seguia avanzando para asaltar la ciudad. El monarca de Méjico, queriendo participar de los peligros de sus soldados, se colocó al lado de su general, animando con su voz y su presencia á sus guerreros.

Pronto el ejército tepaneca, que afanoso de venir á las manos, avanzaba sobre sus contrarios, llegó junto á las calzadas de la ciudad. El rey Itzcoatl dirigió entonces algunas palabras llenas de bélico ardor á los mejicanos, y en seguida dió la señal de ataque, tocando un tamborcito que llevaba al hombro.

Batallas entre mejicanos y tepanecas. Ambos ejércitos se acometieron entonces con furia espantosa, y la lucha se hizo tenaz y sangrienta por todas partes. El combate se prolongó todo el dia, ganando unos y otros el terreno que poco despues volvian á perder. Sin embargo, las probabili-

dades del triunfo se presentaban del lado de los tepanecas que iban recibiendo continuos refuerzos de refresco, mientras las tropas mejicanas, no contando con ese recurso, se encontraban fatigadas y rendidas de cansancio.

Los tepanecas, alentados con los refuerzos que recibían, atacaban la ciudad por todas partes y habían logrado apoderarse de algunos puntos.

La plebe pide la paz. A la vista de las ventajas adquiridas por los tepanecas y de las considerables fuerzas que de continuo recibían, desmayó la plebe, se insubordinó contra sus jefes y prorrumpió en gritos contra su soberano, cuya ambición, decía, iba á ser causa de la ruina de todos.

El monarca Itzcoatl oyó aquellas voces de la multitud con hondo pesar y sobresalto, temiendo que ellas hicieran flaquear el espíritu de las tropas, y consultó con Moteuczoma lo que sería conveniente hacer para alentarlas. «Conducirlas al peligro, y luchar hasta morir:» contestó el valiente general. «Pues conduzcámoslas—dijo el soberano—y muramos como valientes.»

Pero el ardor del general y del monarca no era suficiente á sofocar las voces de la plebe insubordinada, que continuaba clamando contra los que habían provocado aquella guerra. Varios individuos de los que capitaneaban á la multitud, se atrevieron á dirigir amenazas al rey, y no faltaron algunos que, tratando de atraerse la piedad de los tepanecas, les gritaban que, si les ofrecían el perdón, darían allí mismo la muerte á los jefes (1).

(1) El apreciable historiador mejicano Clavijero pone las siguientes quejas en boca de la numerosa plebe: «¿Qué hacemos? ¿Será bueno el sacrificar nuestra vida á la ambición de nuestro rey y de nuestro general? ¿Cuánto más salu-

Heróico valor del rey, de Moteuczoma y de la nobleza. La indignación que produjo aquella infame proposición en el rey, en la nobleza, en el general y en todos los jefes, fué indescriptible, y aun hubieran castigado severamente á los que la vociferaban si la precisión de atender á la lucha no les hubiera impedido detenerse allí. «Quien ame la honra de su patria, quien no reniegue del glorioso nombre de mejicano que lleva, que nos siga.» Dijeron á la vez el rey y el general Moteuczoma. Aquellas bélicas palabras fueron repetidas por los nobles y por los guerreros; y reanimados los soldados y la plebe con el ejemplo de sus jefes, se lanzaron con ímpetu irresistible sobre las tropas tepanecas, logrando arrojarlas de un foso de que se habían apoderado. La lucha se hizo entonces mas sangrienta. Moteuczoma, animando con la voz y con el ejemplo, acometía y desbarataba cuanto se oponía á su paso. En los momentos mas críticos de la batalla, cuando la balanza de la fortuna debía inclinarse al lado en que la menor ventaja se presentase, llegaron á encontrarse los dos generales contrarios. Al verse, ambos se dirigieron á la vez uno al otro con las armas levantadas, emprendiendo una lucha personal. Moteuczoma, con su pujanza hercúlea y su brazo poderoso detuvo el golpe que le dirigió Mazatl, y descargó sobre éste uno furibundo que le hizo rodar por el suelo privándole de la vida. La muerte del general Mazatl aterró

dable no será el rendirnos, confesando humildemente nuestra temeridad para obtener el perdón y la gracia de la vida?» Luego llamando á sus enemigos les decían: «¡Oh fuertes tepanecas, señores del continente, refrenad vuestra cólera, pues ya nos rendimos! Si os agrada, aquí á vuestra vista mataremos á

á los tepanecas, que empezaron á ceder terreno á sus contrarios. Los mejicanos, mirando ya seguro el triunfo, redoblaron sus esfuerzos; pero la noche vino á impedir la continuacion del combate, y ambos ejércitos se retiraron á sus respectivos puntos para renovar al siguiente dia la sangrienta batalla.

1425. El orgulloso Maxtlaton, al ver desalentadas á sus tropas con la muerte de su mejor general, les arengó excitándoles á la venganza; y al alumbrar la luz del nuevo sol avanzó su ejército sobre los mejicanos, quienes alentados por las ventajas obtenidas el dia anterior, salieron de la ciudad para encontrar á los tepanecas. El combate se renovó con el mismo furor que la víspera, y la victoria se mantuvo indecisa hasta el medio dia, en que, deshechos los tepanecas en todas partes, emprendieron la retirada. Los mejicanos siguieron el alcance de sus enemigos haciendo en ellos una horrible carnicería. Aterrados los tepanecas, y dejando sembrado el camino de su retirada con millares de cadáveres, entraron desaladamente en Azcapozalco, seguidos siempre de sus temibles contrarios, que penetraron en sus mismas casas llevando el exterminio y la muerte. Los tepanecas, para salvarse de la tenaz persecucion de los vencedores, huyeron á los montes, y el orgulloso Maxtlaton se escondió en un *temazcalli*, baño sudorífero, donde fué encontrado y muerto á palos y pedradas por los vencedores. No satisfechos aun con haberle quitado la vida, y henchidos de ira contra aquel hom-

nuestros jefes, para merecer de vosotros el perdon de la temeridad á la cual nos ha inducido su ambicion.»

bre que se habia complacido en humillarles, arrojaron al campo su cadáver para que sirviese de pasto á las fieras y á las aves de rapiña. La sed de venganza de que se sentian poseidos contra los tepanecas era insaciable, y no se respetó sexo ni edad en la terrible carnicería hecha entre los que no lograron huir á las montañas. A las escenas sangrientas del dia, siguieron las no menos terribles de la noche. Los mejicanos, para acabar para siempre con el poder de sus contrarios, destruyeron cuanto en la ciudad habia, quemaron los templos, derribaron las casas, destrozaron el palacio, y se apoderaron de todo lo que de valor encontraron en los edificios.

Esta espléndida victoria, acaecida en 1425, un siglo despues de la fundacion de Méjico, vino á cambiar la faz de aquellos pueblos, y á dar á los mejicanos un poder y una influencia extraordinarios.

Toma de No fué menos favorable la fortuna de las varias ciudades. tropas tlaxcaltecas y huexotzingas que se hallaban á las órdenes del príncipe Nezahualcoyotl, que operaban á su vez por distinto rumbo, pero por la misma causa. Destacadas del ejército, atacaron con impetuoso brio la antigua corte de Tenayuca donde residieron los primeros reyes chichimecas, y la tomaron por asalto, haciendo un horrible estrago en sus enemigos. Noticiosos entonces del triunfo alcanzado por los mejicanos y los acolhuas, vinieron al siguiente dia á reunirse con ellos, dirigiéndose, unidos, á la ciudad de Cuetlachtepec, que se rindió á las pocas horas.

La estrella de los tepanecas se habia eclipsado. La esperanza de recobrar lo perdido habia desaparecido de